

SECCIÓN IV.

**CUERPOS EN LA ANCIANIDAD:
PRÁCTICAS, CUIDADO Y ESTEREOTIPOS**

SENECTUD Y CORPOREIDAD EN LA ANTIGÜEDAD CLÁSICA

ALFONSO LÓPEZ-PULIDO

Universidad Internacional de La Rioja

1. INTRODUCCIÓN

Los cambios que experimenta el cuerpo humano, con el avance de la edad, ya fueron objeto de tratamiento por parte de los antiguos griegos y posteriormente de los romanos.

Ya desde el principio, estas mutaciones corporales fueron analizadas desde el punto de vista de su fisiología, que se centraba en la explicación de la función de los humores –bilis amarilla y negra, y el flegma o flema–, la mezcla de éstos –la *krâsis*, esencial para la salud y de la que dependía el temperamento–, la circulación interna del aire vital –el *pnêuma*– y de la sangre y el agua, junto con los humores que hemos mencionado.

De esta forma, se resaltó que los ancianos experimentaban un proceso similar a las plantas, secándose por falta de calor (Aristóteles., *GA.*, 783b, 7; *Iuu.*, 478b, 28-479a 31; Galeno., *Temp.*, I 581), lo cual determina que:

«La muerte de los viejecitos ocurra sin dolor, porque se va extinguiendo poco a poco la llama o calor de la vida, de una manera imperceptible» (Aristóteles., *Iuu.* 479a 149).

«Y así la edad envejece poco a poco sin sentirlo y sin quebrarse de golpe, sino que se extingue con el paso del tiempo» (Cicerón. *Sen.*, IX-XI).

Esta sequedad, unida a lo frío, es la que provoca la aparición de las canas y de la calvicie, pues el cabello crece gracias a la humedad (Hipócrates., *Gland.*, IV 1-2; *Nat. Puer.*, X y XX; Aristóteles., *GA.*, 783b), entendiéndose a aquellas como el símbolo clave que denotaba la ancianidad.

Estas dos características, unidas a las arrugas, serán los elementos preferidos por los artistas para representar la vejez, ocupando un lugar secundario otras opciones como la espalda arqueada o el rostro macilento.

A través del empleo de la canicie, la calvicie y las arrugas en la iconografía, se establecerá una diferenciación en las representaciones femeninas y masculinas, que dará paso a la creación de diversos estereotipos. Así, las canas, por lo general, dado que hay excepciones, se suelen emplear sólo en las figuras masculinas griegas y en las femeninas romanas; las arrugas se acostumbran a estar reservadas para las mujeres, con algunas excepciones, tanto en Grecia, como en Roma; la calvicie es patrimonio exclusivo de los hombres. Estas particularidades obedecen, en gran medida, a la tajante e insalvable diferenciación de roles atribuida a mujeres y hombres, a connotaciones sexuales y, sobre todo, a la expresión gráfica de quién detenta el poder político y militar.

En el campo de la literatura, las descripciones del cuerpo femenino son mucho más numerosas que las del masculino, y, de nuevo, las críticas negativas se centran en las ancianas. Es de destacar el abyecto lenguaje empleado por varios poetas líricos a la hora de describirlas. La crudeza descarnada, que apreciamos en algunas composiciones, muestra palmarriamente el concepto masculino sobre la vejez femenina. La misma carga negativa la observamos en las comedias griegas y romanas, con una clara diferenciación de los papeles atribuidos a los personajes femeninos y masculinos, aunque todos los actores fueran hombres.

Si bien, en la representación de la ancianidad, predomina una visión negativa, observamos en el retrato romano un intento de mostrar las cualidades reales del representado. Sin embargo, nuevamente nos encontramos con que este carácter positivo está reservado a los hombres en la mayor parte de los casos.

2. SIMBOLISMO Y ESTEREOTIPOS ICONOGRÁFICOS

A la hora de centrarnos en las representaciones iconográficas, debemos señalar que las imágenes que tenemos de la antigüedad griega no son ilustraciones realistas de la vida cotidiana, ni siquiera en aquellos casos en los que representan a padres ancianos despidiendo a sus hijos cuando

marchan a la guerra, asisten a los funerales de un niño o realizan tareas artesanales, pero sí que nos transmiten un sistema de pensamiento coherente, ya que, tanto sus elementos constitutivos, como la elección de los detalles, son indicios que nos permiten interpretar la realidad.

2.1. CANICIE

Las canas, tanto de los cabellos como de la barba, y la calvicie serán, junto con las arrugas, los signos más empleados por los artistas griegos para representar la vejez, apareciendo asociadas en la mayor parte de los casos. Será mucho más secundario el empleo de la espalda encorvada o el aspecto demacrado. En cualquier caso, la canicie es el rasgo que caracteriza la ancianidad de forma absoluta (Birchler, 2008, pp. 61-62), también en los retratos femeninos de la época romana. En relación con ello puede reseñarse una circunstancia llamativa, que se observa en los retratos funerarios de ancianos de El Fayum, en Egipto. En ellos, los representados suelen aparecer con los cabellos oscuros, lo cual reafirma los testimonios que señalaban el uso, durante las épocas griega y romana, de un tipo de pasta que devolvía, momentáneamente, el color original de los cabellos, y que estaba hecha a base de una mezcla de óxido de plomo, cristales de cal y sulfuro de plomo, una especie de sucedáneo de la melanina natural (Fuchs, 2008, pp. 73 y 85).

2.2. CALVICIE

La calvicie nunca aparece de forma completa, sino que siempre se muestra la de la parte superior y de la frontal de la cabeza. Tiene la significación de poner en evidencia la connotación negativa de la vejez, aunque poseemos dos casos, los de Néstor y Nereo, en los que su ancianidad es prueba de conocimiento y de sabiduría. También podemos apreciar en sus representaciones una especie de juego de imágenes, puesto que se podría establecer una relación simétrica entre el paso de la adolescencia —cabellos largos— a la edad adulta —cabellos cortos, a excepción de Esparta— y, luego, a la vejez —ausencia de cabellos en la parte superior del cráneo— (Vidal-Naquet, 1981, pp. 155 y 158; Burkert, 1985, p. 255; Wathelet, 1992, p. 64), lo cual aparece también atestiguado en multitud

de documentos literarios (Petronio., 28, 3-8; Apuleyo, *El Asno de Oro*, V 8, 4-13, 3; Estatio, *Silu.*, III 4, 1-10; Marcial, IX 16).

El rito del paso a la edad adulta, marcaba la integración del adolescente en todas las actividades relacionadas con el estatuto de ciudadano, especialmente el servicio militar. El juego de imágenes muestra que la calvicie era percibida como la señal de la salida de la vida activa y pública, porque, si bien los derechos cívicos y la actuación política no se perdían por el efecto de la edad, las obligaciones militares terminaban al cumplirse los cincuenta y nueve años (Birchler, 2008, p. 65).

Esta cuestión de la calvicie, tiene también connotaciones sexuales, ya que, por lo general, se relacionaba la abundancia de pelo con la capacidad sexual. Aristóteles y Plinio constatarían que los eunucos nunca se veían aquejados por la calvicie y que no se apreciaba caída del cabello antes de la estabilización de las funciones sexuales (Aristóteles., *HA.*, III 11, 518a29-30; IX 50, 631A30-31; Plinio el Viejo., *HN.*, XI 47). El Estagirita, además, hacía hincapié en la lascivia de los hombres velludos, relacionándola con una teoría que versaba sobre la abundancia y la pérdida de pelo y la riqueza o carencia de humedad y de calor (Aristóteles., *Pr.*, IV 18; 31; *GA.*, IV 5, 774a-b). Además, la carencia de humedad daba lugar asimismo a una ausencia de semen. Para algunos filósofos presocráticos, el semen provenía del cerebro, siendo Alcmeón de Crotona, próximo al pitagorismo, el primero en señalarlo, aunque puede que fuese el mismo Pitágoras, idea que luego sería retomada por Hipócrates (Hipócrates, *Genit.*, II 2; Bonnard, 2004, pp. 120-121).

2.3. ARRUGAS

En las representaciones de la ancianidad, apreciamos la importancia concedida a las arrugas, que, para los griegos, constituyan un indicio claro de vejez, tanto que los tratantes de ganado y ganaderos, para probar si un animal era o no joven, recurrían al procedimiento de estirar la piel: si esta volvía rápidamente a su posición originaria, era indicio de juventud, pero si la piel permanecía largo rato arrugada era prueba de una mayor edad (Aristóteles, *HA.*, 578a).

En las representaciones artísticas griegas, la presencia de las arrugas, en los hombres, no es muy frecuente y suelen mostrarse sólo en la parte superior de la frente calva, lo que puede relacionarse con las ideas pitagóricas sobre el semen y el cerebro, a las que aludíamos más arriba, indicando, de esta forma, la finalización de las funciones sexuales y reproductivas masculinas.

Las arrugas, en cambio, suelen caracterizar a casi todas las mujeres ancianas. En ellas, de forma general, aparecen las arrugas en el cuello y, en aquellas hetairas que aparecen desnudas, en el vientre, siendo raras sobre el rostro. Destacamos esta presencia en una parte del cuerpo femenino relacionado con la procreación y que tiene muchas connotaciones sexuales, evocadas también en la literatura arcaica, ya que las arrugas marcan una deshidratación de la piel y, para las mujeres que aparecen en los fragmentos poéticos, esta sequedad, esta madurez tan rápida, se pretende que se debe a los excesos sexuales de los hombres:

«Ya no tienes en flor tu suave piel. Que ahora se marchita, y la arrasan las arrugas de la triste vejez» (Arquíloco, 113d).

«Ya te has convertido en arrugas, como un fruto demasiado maduro, bajo el efecto de los excesos sexuales» (Anacreonte, 432a-b).

De esta forma, entre otras —cabellos blancos, espalda encorvada y empleo de un bastón—, se muestra la ancianidad femenina a través de la expresión de la finalización de las funciones sexuales. Para las mujeres, esta pérdida, marca su paso a un estatus social marginal en la estructura ciudadana, mientras que, para los hombres, la cuestión es más ambigua, puesto que esta desaparición del vigor sexual no debe interpretarse como una pérdida del poder social y político, que en muchos casos seguirán conservando, de forma tal que el segmento masculino de la población anciana no se verá tan marginado como el sector femenino (Birchler, 2008, p. 67).

Las arrugas, según consideraban algunos testimonios, también influían en el deterioro de la vista.

Aristóteles compara a los viejos con los miopes (*Pr.*, 959d). Como la vista, situada cerca del cerebro, que es frío, es de naturaleza acuosa, porque el agua es uno de los cuerpos diáfanos, resulta que la vista de

los viejos se hiela y endurece por esa misma razón (Aristóteles, *PA.*, 656b). Así, una de las características más destacadas de la vista de los ancianos es que la piel de la pupila es rugosa y, por ello, demasiado gruesa, cuando una buena visión exige que sea todo lo contrario, delgada y lisa (Aristóteles, *GA.*, 780a), lo cual se halla relacionado con su piel, espesa y arrugada (Aristóteles, *Pr.*, 958b; *Sens.*, 438a; *GA.*, 780a;138). Galeno remarca este aserto:

«En los viejos la córnea se pone tan arrugada que algunos ven poco y otros llegan a no ver nada, pues al adquirir la córnea, en ocasiones, el doble de grosor, impide la visión», (*Gput.*, III 784).

Si pasamos de Grecia a Roma, observamos que la modalidad del retrato también destacará las arrugas para mostrar la ancianidad en el caso femenino. Son varios los elementos empleados para señalárlas: trazos gruesos o dobles alrededor de los ojos, subrayamiento de las aletas de la nariz, acentuación de la boca y de sus comisuras, así como el mentón y las mejillas hundidas (Voelke-Viscardi, 2004, p. 87; Fuchs, 2008, p. 73)).

2.4. LA AMBIGUA VISIÓN DE LA ANCIANIDAD MASCULINA: EL RETRATO ROMANO

Sin embargo, a pesar de todo lo expuesto, y aunque la imaginería romana no duda en reproducir el motivo canónico de la vieja de la época helenística, de la esclava que regresa del mercado con su capacho, la borracha agarrada al frasco, la proverbial *anus ebria* (Spiteris, 1970, p. 203), la desabrida, la vieja bruja majadera, colérica, de rostro severo (Apuleyo, *El Asno de Oro*, IV 25-27), existe una modalidad romana con una particular vitola de originalidad, el retrato, que constituye un ejemplo de respeto por la edad provecta, que refleja, en esta dimensión esculptórica, los elementos que resumen la vida, la posición social y la trayectoria de los representados (Bianchi Bandinelli, 1970, p. 132). Se aprecia, sin embargo, que ese respeto que acabamos de señalar se circunscribe al ámbito masculino. En cierto sentido, podemos partir de la idea aristotélica de que el rostro refleja los atributos del alma, para continuar con la plasmación de los mismos. Una forma de lograr fidedignamente la representación de los rasgos, se hizo, en Roma, con las

mascarillas de cera que se hacían de las caras de los difuntos. Los testimonios de Polibio y Plinio el Viejo describen la técnica empleada, en la que se procuraba un resultado lo más cercano al modelo y que pudiera reflejar sus cualidades. Estas *imagines maiorum* —las efigies de los antecesores, que las familias ilustres exponían en un lugar destacado de la casa—, pueden constituir la base sobre la que se cimenta el realismo del retrato romano:

«Otras clases de imágenes eran las que se veían en los atrios de nuestros mayores. No eran obras de artistas extranjeros, ni eran de bronce, ni mármol, sino rostros de cera, guardados cada cual en su correspondiente armario y destinados a figurar en los entierros de los miembros de la familia como imágenes de antepasados, pues a todo fallecido le acompañaba siempre la caterva de familiares que le antecedieron (Plinio el Viejo, *HN*, XXXV 6).

El hecho de que muchas de estas *imagines maiorum* representasen a ancianos, pudo influir en la circunstancia de que la senectud fuese la etapa vital preponderante en el retrato del período republicano, en lo que observamos una profunda relación muerte/vejez/retrato, siendo desplazada con el advenimiento del Principado, cuando se imponen los modelos griegos, que suelen representar a la juventud (Belda Navarro, 1995, p. 78).

Un testimonio lo tenemos, en el siglo II a.C., en el griego Polibio, que destacaba la virtud de los romanos de honrar a sus antecesores y a los viejos:

«¡Hay que ver a estos romanos, el respeto que tienen a sus muertos! ¡Cómo ellos asumen todo lo que estos han hecho y hacen de ellos plataforma y sostén para encumbrarse en la vida política con verdadero orgullo! Es un pueblo que está ufano de sus mayores, de sus ancianos. Así debían ser los griegos.» (Polibio, *Historias*, XXXI, 23-30).

Polibio se basaba en que la mayor parte de las *imagines* romanas, representaban a ancianos que reflejaban en sus rostros la conciencia de encontrarse en su culmen vital, de hallarse en el cémito de la vida, justo cuando esta va acabándose. Precisamente esta era la idea que se intentaba transmitir a través del realismo de la retratística romana masculina, que el período vital más importante es el de la senectud, cuando la experiencia y el sosiego se aúnan para aconsejar a las jóvenes generaciones. Por el contrario, la mayor parte de los griegos alababan a la juventud y criticaban a la ancianidad. De ello tenemos sobrados ejemplos en las artes plásticas, particularmente en la escultura. La mayor parte de las representaciones, sobre todo las del período clásico, no son retratos fidedignos del supuesto modelo, sino la exposición de lo que se

consideraba el ideal, de ahí la abundancia de jóvenes atléticos, de cuerpos perfectos y proporcionados, intentando ejemplificar el triunfo de la juventud sobre cualquier otra edad (Blanco Freijeiro, 1989, p. 45).

3. IMÁGENES Y ESTEREOTIPOS LITERARIOS

3.1. LITERATURA MÉDICA

Los tratadistas médicos reflejaron, en sus escritos, los cambios que la edad provocaba en el cuerpo y en la calidad de vida.

Partiendo del aserto sobre la prevalencia de la sequedad y de la falta de calor en los ancianos, se comenta la dificultad que tienen para lograr una adecuada calidad en el sueño:

«Es la humedad la que favorece y predispone al sueño, mientras la sequía produce los efectos contrarios. De ahí que los niños duerman bien y mal los viejos, y por eso a los ancianos, para favorecer el sueño, les vienen bien los baños calientes, beber vino y una alimentación rica en elementos húmedos» (Galen, *Laff.*, III VIII, 162).

A ello se añade la mala digestión de que adolecen los senectos, fuente de multitud de enfermedades, que se debe a la falta de calor para mezclar los líquidos y los sólidos (Hipócrates, *Flat.*, 7; Aristóteles, *GA.*, 783a25; *Mete.*, 379a; *Sens.*, 442a4; *PA.*, 650a), dado que una buena digestión requiere una gran dosis de calor y, para ello, las naturalezas húmedas y calientes son las más idóneas y por eso las secas y frías son inadecuadas:

«Por lo que toca a los viejos, su cuerpo se encuentra mal dispuesto casi para toda función, pues está demasiado seco y frío, y por eso no digieren bien por falta de calor, ni se alimentan por su condición seca y la debilidad de sus facultades, y la distribución del alimento por su cuerpo resulta lenta y débil por la frialdad de sus órganos» (Galen, *Sym.*, III VII, 259).

Esta interpretación de la medicina antigua, se encuentra corroborada por estudios de la segunda mitad del siglo XX:

«La dispepsia, muchas veces, más que enfermedad, es expresión personal de un estar apartado de la normalidad en ciertos individuos, y, en otros, una forma del envejecer de las estructuras del tubo digestivo, verdadera gerodispepsia» (Jiménez Herrero, 1975, p. 251).

Asimismo, la respiración en los ancianos, por su condición seca y fría, es lenta, pequeña y rara (GAL., *DrI*, VII 770-771), y su pulso insignificante, lento y apenas perceptible (GAL., *Pl.*, VIII 464), teniendo tres tiempos, ya que la sístole es el doble de la diástole y dura más tiempo debido, además, a su poca sangre y a su escasa fuerza en la respiración (Galen, *CpIII*, IX 121).

Debido a todo ello, las raíces de los nervios se secan, ocasionando el fallo de los sentidos:

«Cuando el cerebro se seca demasiado, ocurre necesariamente que se secan también entonces las raíces de los nervios, lo que trae como consecuencia que las personas que se encuentran en esa situación no pueden oír ni ver ni cumplir bien con ninguna de las sensaciones, ya que los órganos se debilitan con ello» (Galen, *Hep.*, XVII 2-5).

El deterioro del anciano afecta también a la mente, ya que «Al igual que envejece el cuerpo lo mismo envejece la mente» (Aristóteles, *Pol.*, 127 1a), si bien, en realidad, la mente por sí misma nunca envejece pero sí el órgano que la sustenta (Aristóteles, *de An.*, 408b20). Precisamente, estudios más recientes muestran que «la inteligencia del anciano no se deteriora, pero sí lo hacen los instrumentos del intelecto» (Ibáñez Álvarez, 1985, p. 360). Este hecho trae desagradables consecuencias para el viejo: a veces pide a los dioses cosas nocivas para sí mismo (Platón, *Lg.*, 687d), no sabe decir más que estupideces y tonterías (Arquíloco, 50D), no retiene lo que se le enseña (Aristófanes, *Nu.*, 129; 790) o suele olvidar lo que sabía (Aristóteles, *Sens.*, 450b y 453b).

Merecen especial atención los dos últimos casos citados anteriormente, debido a la importancia que revisten los fallos en la memoria, uno de los recursos más habituales a que acuden los autores antiguos para caracterizar a los ancianos:

«He aquí por qué los muy jóvenes y los viejos tienen muy poca memoria. Ellos la pierden, unos porque se están desarrollando y los otros porque están consumiéndose. De la misma forma, unos que son muy rápidos y los otros que son muy lentos, tampoco tienen memoria ninguno de ellos: los jóvenes porque son bastante húmedos y los ancianos porque son muy secos. En consecuencia, la memoria no se desarrolla en el alma de los unos ni roza el espíritu de los otros» (Aristóteles, *Mem.*, 450b 6).

«El joven es animoso, lo que le viene de la sangre, en cambio el viejo es perezoso, somnoliento y olvidadizo, porque predomina en él el flegma, es decir lo frío» (Galen, *Hum.*, XIX 489).

Sin embargo, otros autores, tales como Cicerón y Plutarco, no comparten esta opinión, ya que piensan que la memoria se puede seguir entrenando y que los ancianos deben dedicarse a la actividad, sobre todo a la política.

Para finalizar este apartado merece la pena hacer alguna referencia a las reticencias en el empleo de fármacos.

Una de ellas tiene que ver con la gran implantación, desde los dos últimos cuartos del siglo I d.C., de la «técnica» de la *iatralíptica*, una especie de gimnasia médica que procuraba movilidad muscular y reeducación funcional (Migliorini 1997, p. 175; Andorlini-Marcone 2004, p. 143). Los que practicaban esta disciplina eran denominados como *iatraliptae*, o simplemente *aliptae*. Más que médicos que diagnosticaban y curaban las enfermedades, se trataba de médicos-masajistas que rehabilitaban a los pacientes a través de movimientos físicos y masajes (Petronio, 28, 3; Juvenal, III 76; Plinio el Joven, *Ep.*, X 5; X 11), en lo que vemos un claro antecedente de nuestra moderna fisioterapia.

Pese a esta resistencia en el empleo de medicamentos y para el caso concreto de la conjuntivitis, Séneca recomendaba colirios (Migliorini 1997, pp. 64 y 68):

«Se nos han entregado medicinas para curar la vista; [...] Con una se suaviza la inflamación de los ojos, con otra se atenúa la hinchazón de los párpados, con otra se evita la erupción súbita de la secreción y con otra se aguja la vista; conviene que desmenuces estos fármacos, que escogas ocasión propicia y apliques la dosis a cada paciente» (Séneca, *Ep.* 64, 8).

También es conveniente protegerse de la luz, del aire y del frío:

«No debes exponer en seguida la vista débil todavía a una luz molesta; pasa primero de la oscuridad a la penumbra, luego atrévete a más y acostúmbrate poco a poco a soportar el brillo de la luz. [...] el viento y el fuerte frío que sacude el rostro evítalos» (Séneca, *Ep.* 94, 20).

3.2. POESÍA LÍRICA GRIEGA

La lírica griega de la época arcaica refleja, en varias de las composiciones conservadas, las lamentaciones por el paso del tiempo y los estragos que este produce en los cuerpos.

Vitalismo y hedonismo profundizan la antítesis entre los goces juveniles y las tribulaciones de la ancianidad, elementos que llevarán a Mimnermo de Colofón a invitarnos a disfrutar de la efímera juventud, fijando así el rasgo más peculiar de la poesía arcaica, el aquí y el ahora, el momento presente:

«Morirme quisiera cuando ya no me importen el furtivo amorío y sus dulces presentes y el lecho, las seductoras flores que da la juventud a hombres y mujeres. Pues más tarde acude penosa la vejez, que, a un tiempo, feo y débil deja al hombre. De continuo agobian su mente tristes pensamientos. Y no disfruta ya al contemplar los rayos del sol. Entonces es odioso a los niños, y despreciable a las mujeres. ¡Tan horrible implantó la divinidad la vejez! [...] Un instante dura el fruto de la juventud, mientras se esparce sobre la tierra el sol. Mas apenas ha pasado esa sazón de la vida, entonces resulta mejor estar muerto que vivo. Pero dura un tiempo muy breve, como un sueño, la juventud preciada. Luego, amarga y deforme, la vejez sobre nuestra cabeza está pendiente, odiosa al par que infame, que desfigura al hombre y, envolviéndole, daña sus ojos y su mente» (Mimnermo de Colofón, 1-5d).

Safo de Lesbos (ss. VII-VI a.C.), señera representante de la lírica personal e intimista en la Grecia arcaica, dedicará una de sus más bellas composiciones a quejarse de los cambios que la vejez entraña en el orden físico:

«Ya mi piel está toda arrugada por la vejez, y mis negros cabellos se tornaron canos; débiles son ya mis manos, débiles mis rodillas que no quieren llevarme. Ya no puedo danzar con las doncellas como saltan las corzas en el soto. Pues, ¿qué puedo hacer yo? El mortal no disfruta de juventud perenne.» (Safo, 65a).

Anacreonte (segunda mitad del s. VI a.C.), en la etapa en la que la concepción política del hombre al servicio de la colectividad es sustituida por el individualismo, manifiesta su temor a la muerte y resume, con gran pesimismo, cómo es la vida del hombre, que, en realidad, se trata

de una marcha hacia el Hades, camino que es finalizado por una serie de penurias que se identifican con la vejez:

«Ya están canas mis sienes y blancos mis cabellos, ya no tengo el encanto del joven y mis dientes decaen. Ya no me queda mucho del tiempo dulce de la vida. Y por eso ando gimiendo y el Tártaro me espanta. Terrible es el antro del Hades, y amargo el camino que a él conduce: ya no vuelve a subir quien por él baja.» (Anacreonte, 44).

3.3. POESÍA LÍRICA Y SATÍRICA LATINAS

Las composiciones latinas que conservamos de poesía lírica y satírica, en las que aparece tratado el cuerpo en la vejez, suelen estar referidas a mujeres y la mayoría a ancianas concretas. Por eso es preciso señalar que los autores hacen hincapié en los efectos negativos que el paso del tiempo ha ido causando, magnificándolos con la intención de mostrar la contraposición entre la belleza de la juventud, considerando al cuerpo como su símbolo, y la decadencia de la senectud. Además, los poetas exacerban su crítica, no ahorrando epítetos insultantes y prolijas descripciones en las que domina la sordidez.

Estas ideas, cargadas de crueldad, fueron plasmadas por Horacio al mostrarnos su rechazo de las ancianas en las *Odas*:

«[...] vieja y despreciada, llorarás [...]» (Horacio, C., I XXV, 80).

Sin embargo, fue en sus *Épodos* donde llegó a perder la mesura y a caer en comentarios abyectos, altamente ofensivos, a través de un lenguaje que va transitando desde la crudeza hasta la procacidad:

«*ζ* Te preguntas, hedionda, cargada de años, qué es lo que inhibe mi virilidad cuando tienes negros los dientes y tu vieja decrepitud surca tu frente de arrugas y tu asqueroso ano abre su boca entre dos secas nalgas? ¡Claro!; me excitan tu pecho y tus apergaminadas tetas, parecidas a ubres de yegua, y tu vientre flácido y tus flacos muslos pegados a unas hinchadas piernas; [...] Cojamos al vuelo la oportunidad que nos brinda el hoy y, mientras nuestras rodillas tienen el vigor y es pertinente, disípese de nuestra frente el fruncimiento de la vejez» (Horacio, *Épod.*, VIII, 1-9; XIII, 4-6).

Propercio, poeta contemporáneo de Horacio, y perteneciente también a los mismos círculos, en especial al de Mecenas, amigo de Augusto, igualmente vilipendia a una senecta, mostrando un inaceptable desprecio:

«Yo vi que su rugoso cuello se hinchaba con la tos y pasar sangrientos esputos entre sus dientes cariados, y exhalar su alma podrida en las esteras paternas» (Propertino, IV 5, 55-58).

Ello está relacionado con la equiparación penalidades/ancianidad/ castigos divinos:

«¡Pero que a ti te abrume la vejez con años disimulados y lleguen las siniestras arrugas a tu figura! ¡Que entonces ansíes arrancar de raíz los cabellos blancos, ay, mientras el espejo te reprocha tus arrugas, y, rechazada, tengas que sufrir en propia carne la soberbia altivez, y, vieja, te lamente de lo mismo que tú hiciste! Estas maldiciones funestas te ha cantado mi poesía: ¡aprende a temer el fin de tu hermosura» (Propertino, III 25, 11-18).

Con posterioridad, algunos poetas siguieron empleando la burla y el insulto grosero, como es el caso de Marcial, ironizando sobre una proyecta meretriz:

«Tais huele peor de lo que huele la jarra vieja de un avaro batanero, pero recién rota en medio de la calle, peor de lo que el carnero recién hecho el amor, peor de lo que las fauces de un león, peor de lo que la piel arrancada a un perro del otro lado del Tíber, y peor de lo que huele un pollo cuando se pudre en un huevo abortivo, peor de lo que un ánfora estropieada por el garo corrompido. Para cambiar engañosa este olor por otro [...] se rejuvenece con psilotro [...] o se cubre tres y cuatro veces con habas espesas para quitar las arrugas» (Marcial, VI 93, 1-11)

Si pasamos de la poesía lírica al campo de la comedia, la representación de la anciana está estigmatizada. Así, Plauto, que sigue al griego Menandro, representa a la senecta como fea, charlatana, borrachina, tramposa, protestona, entrometida o mala esposa. Tenemos ejemplos de máscaras cómicas, que representan tipos familiares para el público romano, y en los que aparecen varias mujeres viejas caracterizadas por arrugas finas y numerosas, la palidez del rostro, la mirada atravesada, narices excesivamente puntiagudas o chatas, extremas delgadez o gordura, cabellos blancos o mal teñidos (Pólux de Naúcratis, IV 133-154).

4. CONCLUSIONES

La diferenciación iconográfica de los modos de representación del cuerpo, según el sexo, marca la prevalencia masculina y un mayor número de estereotipos asociados a las mujeres. Del mismo modo, se crean

tipos fijos de imágenes, que representan roles y estatus concretos, circunscribiéndose la mayoría de las negativas al ámbito femenino. De ahí que el empleo de la canicie, la calvicie y las arrugas, establezca una jerarquía diferenciadora en las representaciones femeninas y masculinas, lo cual expresa la distinción de roles atribuida a mujeres y hombres, connotaciones sexuales y, especialmente, quién ejerce el poder político y militar, cuestiones que ya entrarían en el campo de estudio de la iconología.

Los estereotipos, a la hora de describir el cuerpo, también están presentes en el ámbito de la literatura, así como las críticas negativas al cuerpo de las ancianas.

En este campo, en el que las menciones al cuerpo femenino son mucho más numerosas que las del masculino, las senectas son las que concientran la mayor parte de las menciones dañosas. Debe resaltarse el abyecto lenguaje empleado por varios poetas líricos y satíricos a la hora de describirlas, lo cual refleja la concepción masculina sobre la ancianidad femenina. Este mismo enfoque negativo se aprecia en las comedias griegas y romanas, con una tajante separación de los papeles atribuidos a los personajes femeninos y masculinos.

Dado el tipo de fuentes documentales empleadas, se ha utilizado el análisis del método histórico-filosófico propio de la hermenéutica, ya que un estudio fundamentado en los textos obliga a un análisis que deslinde lo que mostraban y lo que escondían aquellas obras escritas. Esto hace que la hermenéutica se convierta en el vehículo que nos proporciona el utilaje necesario para tratar de entender a los diferentes creadores (Fraile y als., 2012, pp. 76-77). Por ello, es preciso hacer hincapié en que este empleo, de las fuentes escritas de la etapa estudiada, tiene el importante inconveniente de que la información que nos proporcionan está sesgada, procediendo de una reducida porción de la población, generalmente de una minoría que, por su posición social y política, reflejaba los intereses y apreciaciones de los grupos dominantes (López-Pulido, 2021, p. 76).

5. AGRADECIMIENTOS

A mi madre, Francisca Pulido Rojo.

6. REFERENCIAS

- Anacreonte (2001). *Fragmentos*. Gredos
- Andorlini, I y Marcone, A. (2004). *Medicina, medico e società nel mondo antico*. Mondadori
- Apuleyo (2001). *El Asno de Oro*. Gredos
- Aristófanes (2000). *Las nubes*. Gredos
- Aristóteles (1846). *Traité de l'âme*. Librairie Philosophique de Ladrange
- Aristóteles (1847). *Opuscules*. Dumont
- Aristóteles (1863). *Météreologie*. Durand
- Aristóteles (1887). *Traité de la génération des animaux*. Hachette
- Aristóteles (1891). *Les problèmes. Effets de la position du corps et de ses habitudes*. Hachette
- Aristóteles (1990). *Historia de los animales*. Akal
- Aristóteles (2000). *Política*. Gredos
- Aristóteles (2005). *Partes de los animales*. Gredos
- Arquíloco (2005). *Fragmentos*. Hiperión
- Bianchi Bandinelli, R. (1970). *Roma, centro de poder*. Aguilar
- Belda Navarro, C. (1995). La visión emblemática de la ancianidad. En D. Barcia Salorio (Ed.), *Antropología y vejez* (pp. 77–100). Menarini
- Birchler Emery, P. (2008). Vieillards et vieilles femmes en Grèce archaïque: de la calvitie et des rides. En V. Dasen y J. Wilgaux (Dir.), *Langages et métaphores du corps dans le monde antique* (pp. 61-72). Presses Universitaires de Rennes
- Blanco Freijeiro, A. (1989). *La República de Roma*. Historia-16
- Bonnard, J.B. (2004). *Le complexe de Zeus. Représentations de la paternité en Grèce ancienne*. Publications de la Sorbonne
- Burkert, W. (1985). *Greek Religion. Archaic and Classical*. Wiley-Blackwell
- Cicerón (2003). *De senectute*. Université du Québec
- Estacio (2003). *Silvas*. Gredos
- Fraile Bravo M; Tirado Altamirano F; Prieto Moreno J; Hernández Neila L.M., Magdaleno Bravo E., Sánchez Solís L. (2012) *Naturalis historia de Plinio: concepción y terapéutica. A propósito de los cuidados de la mujer*. *Cultura de los Cuidados*, 16, (33)

- Fuchs, M. (2008). Petite vieille ou noble dame: portraits de femmes âgées sous l'Empire romain. En V. Dasen y J. Wilgaux (Dir.), *Langages et métaphores du corps dans le monde antique* (pp. 73-89). Presses Universitaires de Rennes
- Galen (1854). *Oeuvres anatomiques, physiologiques et médicales*. Baillière
- Galen (1997). *Sobre la localización de las enfermedades*. Gredos
- Galen (2013). *Patologías y su tratamiento terapéutico y farmacológico*. Fonoll
- Galen (2015). *Sobre los pulsos para los principiantes. Sobre la utilidad de los pulsos*. Ed. Clásicas
- Galen (2016). *Sobre la conservación de la salud*. Ed. Clásicas
- Hipócrates (1967). *Du régime*. Les Belles Lettres
- Hipócrates (2000). *Aforismos*. Gredos
- Hipócrates (2001). *Tratados*. Gredos
- Hipócrates (2004). *Sobre el uso de los líquidos*. Gredos
- Hipócrates (2007). *Glándulas*. Gredos
- Horacio (2006). *Épodos*. Espasa-Calpe
- Horacio (2006). *Odas*. Espasa-Calpe
- Ibáñez Álvarez, M. (1985). Los trasuntos psicológicos en la persona de edad. *Revista Española de Geriatría y Gerontología*, XX
- Jiménez Herrero, J. (1975). Dispepsias en ancianos. Concepto de gerodispepsia. *Revista Española de Gerontología*, 4, X
- Juvenal (2001). *Sátiras*. Gredos
- López-Pulido, A. (2021). El envejecimiento activo en la antigua Roma: *¿mens sana in corpore sano?* *Cultura de los Cuidados*, 25 (59)
- Marcial (2001). *Epigramas*. Gredos
- Migliorini P. (1997). *Scienza e terminologia medica nella letteratura latina di età neroniana*. Peter Lang
- Mimnermo de Colofón (2005). *Elegías*. Hiperión
- Petronio (2001). *El Satírico*. Gredos
- Platón (1999). *Leyes*. Gredos
- Plinio el Joven (2005). *Cartas*. Gredos
- Plinio el Viejo (2001). *Historia Natural*. Gredos
- Polibio (2000). *Historias*. Gredos

- Pólux de Naúcratis (2011). *Onomasticum*. Nabu Press
- Propercio (2001). *Elegías*. Gredos
- Safo (2001). *Fragmentos*. Gredos
- Séneca. (2001). *Epístolas morales a Lucilio*. Gredos
- Spiteris, T. (1970). *Art de Chypre des origines à l'époque romaine*. Meulenhoff
- Vidal-Naquet, P. (1981). *Le chasseur noir. Formes de pensée et formes de société dans le monde grec*. Maspero
- Voelke-Viscardi, G. (2004). L'image des Anciens dans l'*Histoire Naturelle* de Plinie et la peinture de portraits au I^{er} siècle apr. J.-C. En P. Mudry y O. Thévenaz (Dir.), *Nova studia Latina Lausaniensa: de Rome à nos jours* (pp. 79-92). Université de Lausanne
- Wathelet, P. (1992). Rites de passage dans l'*Iliade*: échecs et réussites. En A. Moreau (Dir.), *Les rites d'adolescence et les mystères* (pp. 37-69). Publications de la Recherche, Université Paul Valéry